

## 102.— CURACIÓN DEL CIEGO DE NACIMIENTO.

PRELUDIO 1.º Compadecido Jesús de un ciego de nacimiento, y queriendo darle vista, le puso barro en los ojos y le mandó lavarse; después, anatematizado éste por los judíos, le consoló.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús ungiendo con barro los ojos del ciego.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús claro conocimiento de tu propia miseria.

**Punto 1.º** *Jesús ungió con barro los ojos á un ciego para curarle.* — Pasando Jesús por donde estaba un hombre, ciego de nacimiento, le miró <sup>1</sup> con particular amor, y resuelto á darle vista, escupió en el suelo, hizo lodo con su saliva, y con él ungió los ojos del ciego, mandándole que fuera á lavarse á los baños de Siloé; y habiendo obedecido, volvió con vista. En todo este hecho has de considerar cuán grande provecho reportó este ciego de la mirada de Jesús, deseando que este divino Señor te mire también á ti con este mismo amor. Contempla la omnipotencia soberana de Jesucristo, que se descubre en dar la vista con una cosa que parecía contraria á ella, y bastante para quitarla al que la tuviese, pues enlodar los ojos, más era para cegar que para dar vista. Mas esto hizo para mostrar que el medio de cobrar la luz de la divina gracia es poner delante de nuestros ojos el lodo de nuestra nada y miseria, esto es, la nada que fuimos, la tierra de que hemos sido formados y el polvo en que nos hemos de convertir, y el lodo de los pecados que hemos cometido, mirándonos y llorándonos y humillándonos por ellos. Pero este lodo ha de ser de tierra y de la saliva de Cristo; porque si su sabiduría infinita, significada por la saliva, no toca nuestros ojos, nunca serán esclarecidos para conocer como conviene nuestra miseria. Pondera cómo á esto añadió Jesús mandar al ciego que se lavase en las aguas de Siloé, que quiere decir enviado, para significar los sacramentos del Bautismo y Penitencia, en los cuales se perfecciona la salud espiritual del hombre, por la virtud que está en ellos del Salvador, que fué enviado por el Padre á este mundo para nuestro bien. Pero á estos baños has de ir con la disposición de este ciego, el cual tuvo insigne fe, grande humildad y obediencia muy puntual, dejando enlodar sus ojos, y yendo así por las calles enlodado á la vista de todos, obedeciendo sin tardanza ni réplica al mandato de Cristo, rindiendo su juicio y venciendo los obstáculos que tal vez le opondría su amor propio, como á Naamán <sup>2</sup> cuando Eliseo le mandó que fuera á bañarse en el Jordán. Del propio modo cobrarás tú la vista espiritual si al sentir la inspiración obedeces con prontitud á todo cuanto el Señor te inspire. ¿Te sometes gustoso á Jesucristo y á sus mi-

<sup>1</sup> Joan., ix, 2. — <sup>2</sup> IV Reg., v, 10.

nistros? ¿Te acuerdas frecuentemente del polvo de donde naciste? ¡Oh dulcísimo Maestro! Sólo Vos podéis obrar tales prodigios como éste, convirtiendo un contrario en otro, enlodando para esclarecer, humillando para ensalzar, y empobreciendo para enriquecer. Haced que tales prodigios despierten en mí un vivo deseo de someterme siempre á vuestras disposiciones, porque sé que para mi bien será todo lo que dispongáis.

**Punto 2.º** *Persecuciones que padeció el ciego, y virtudes que ejerció.* — Considera en este punto la ilustre confesión de este ciego, con las persecuciones que padeció y las virtudes que descubrió, para que puedas imitarlas. Primeramente tuvo gran celo por la honra de Jesucristo, que le había sanado, publicando con espíritu de agradecimiento su milagro á todos los que no lo sabían. Luego tuvo gran fortaleza, porque, temiendo sus padres descubrir lo que sabían por causa de los fariseos, que aborrecían el nombre de Jesucristo, él, sin temor, confesó libremente que había sido ciego, y que Cristo le había sanado y el modo cómo le sanó. Tuvo además grande celo de la verdad, con prudencia celestial para no dejarse engañar, ni callarla por ningún respeto; porque diciéndole los fariseos <sup>1</sup>: «Da gloria á Dios confesando la verdad, porque siendo este hombre tan pecador, no es posible que te sanase»; él con fiadamente perseveró en confesarla y en defender á Cristo, y en acusarles á ellos de que no le conocían, y convidándoles si querían ser sus discípulos. Ejerció también de un modo admirable la paciencia, sufriendo las maldiciones que le echaron y los denuestos, diciéndole: «Eres pecador desde que naciste, ¿y ahora vienes á enseñarnos?» Y también sufrió que le echasen de la Sinagoga, como excomulgado é indigno de vivir entre los fieles. Todas estas excelentes virtudes practicó, ayudándole Cristo nuestro Señor, el cual se quiso servir de un ciego mendigo y tomarle por predicador, para confundir á los sabios y fariseos, dando una constancia más que de hombre al que de suyo era tímido y despreciado. ¡Oh grandeza de la omnipotencia de Cristo, que por instrumentos tan bajos hacéis obras tan gloriosas! ¡Oh Salvador mío! Sea yo en vuestras manos instrumento dócil, dejándome manejar á vuestra voluntad, no teniendo movimiento contrario á vuestros designios soberanos, á fin de que seáis por mí glorificado. ¡Oh alma mía! Mira el celo, la fortaleza, paciencia y deseo de publicar la verdad que en este ciego resplandecen. ¿Cómo te hallas tú acerca de estas virtudes? ¿Cuándo y de qué modo puedes y debes practicarlas?

**Punto 3.º** *Jesús consueta y anima al ciego perseguido por los judíos.* — Considera lo que Cristo nuestro Señor hizo con este hombre, después de la persecución que sufrió de los judíos. Primeramente, al saber que le habían echado de la Sinagoga,

<sup>1</sup> Joan., ix, 24.

acudió á consolarle, para que se viese el paternal cuidado que tiene de consolar á los que padecen por su causa persecuciones, y cómo no se olvida de los que le confiesan delante de los hombres, para acudirles presto con su consuelo. Quiso luego perfeccionarle en la fe, y aumentarle la vista interior del alma; porque como no le tuviese más que por profeta, preguntóle: «¿Crees en el Hijo de Dios?» Respondió: «¿Quién es, Señor, para que crea en Él?» Mostrando en esto la prontitud de su corazón en aprender las enseñanzas de Cristo. Dícele: «Ya le has visto, y el que habla contigo, ese és». Como quien dice: Con la vista que te di me has visto, y Yo soy el que hablo contigo. En oyendo esta palabra, respondió: «Creo, Señor»; y postrándose en tierra, le adoró. ¡Oh qué ojos le dió entonces Jesús! ¡Oh qué luz comunicó á su alma! ¡Oh qué vista tan perfecta, causadora de tan profunda humillación! Por fin, Jesús trató de sosegarle en el escándalo que pudiera recibir, por lo que de Él habían dicho los fariseos, y por esto le dijo: «Vine al mundo á hacer juicio, para que los que no ven, vean; y los que ven, se hagan ciegos». Esto es: vine á hacer diferencia entre unos y otros hombres, para que los ignorantes y rudos, por su humildad y pequeñez, vengan como tú á cobrar vista, y crean los misterios de mi divinidad y humanidad; y, al contrario, los que son sabios en la ley, como los fariseos, filósofos y letrados del mundo, por su soberbia vengan á cegar, no por mi causa, sino por su culpa, porque no quieren creer mi doctrina, ni aprovecharse de ella. ¡Oh buen Jesús! No permitáis que aquellos que tienen obligación de ver más, por su soberbia vean menos; y los que habían de tener la vista más clara, vengan á estar más ciegos. Libradnos, Señor, de la soberbia, que es causa de esta ceguedad. ¡Oh cristiano! Con el ejemplo de este ciego curado, consuélate en las persecuciones, sabiendo que el Señor te consolará, y ellas servirán para acrecentar tus virtudes y méritos. ¿Has obrado así? ¿No temes que la soberbia te ciégue, como á los fariseos?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh grandeza de la omnipotencia de Jesús! Ha mirado con ojos misericordiosos á un pobre ciego, y, resuelto á darle vista, comienza por enlodarle los suyos. ¿Quién, jamás, hubiera imaginado que sirviese para dar la vista perfecta aquello que bastaría para quitarla al que la tuviese? Con todo, el lodo hecho de polvo y de la saliva de Jesucristo obra este prodigio en un ciego de nacimiento. Del propio modo da la vista espiritual á nuestra alma la consideración de nuestra miseria y nada, avivada y perfeccionada con la sabiduría de Cristo. Mas, es preciso imitar al ciego, que con obediencia puntual, humilde y rendida, fué á lavarse los ojos en los baños de Siloé: para recobrar la vista del alma es indispensable la recepción de los Sacra-

<sup>1</sup> Joan., ix, 35.

mentos que Jesús ha instituido, acercándose á ellos con las disposiciones con que se dirige el ciego á las aguas de Siloé. Humildad profunda, sentimiento de la propia ceguera y deseo de remediarla; confianza en el poder y bondad de Jesús que nos manda, y obediencia puntual á todo cuanto nos ordena. ¡Oh si procurases para tu alma tales disposiciones! ¡Cuánto mayor sería el provecho que reportarías de los santos Sacramentos! Entonces, alumbrado con la gracia, resistirías con firmeza á tus enemigos, tendrías celo por la predicación de la verdad, desafiarías á todos los enemigos, y, en una palabra, como este ciego ya curado, tolerarías con paciencia todas las injurias, baldones, persecuciones y males con que te afligiese el mundo ó el demonio. Entonces Jesús, por cuya causa padecieses, saldría á defenderte y consolarte, aumentando tu fe y acrecentando todas las virtudes en tu alma. ¿Qué propósitos exige esto de ti? ¿Qué medios practicas para librarte de la ceguera espiritual? ¿Cómo te portas en las tribulaciones que padeces, y en las persecuciones que te afligen? Despierta tu confianza en Jesús, tu divino Padre y Protector, el cual no te abandonará si por su causa padeces. Para esto, examina qué resoluciones prácticas debes hacer; suplica con humildad la gracia y fuerzas que necesitas para ponerlas en ejecución, y ruega por todo el mundo.

### 103.—CURACIÓN DE UN SORDO Y MUDO.

PRELUDIO 1.º Para sanar un sordo-mudo, Jesús le tocó la lengua, entró sus dedos en los oídos, y quedó curado de ambas dolencias.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús haciendo estas operaciones con el sordo-mudo.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que te libre de la sordera y mudez espiritual.

**Punto 1.º Estado calamitoso del hombre sordo-mudo en el espíritu.**—Considera cómo fué presentado á Jesús un hombre sordo-mudo<sup>1</sup>, con el fin de que, imponiéndole las manos, le diese el uso de estos sentidos. En este hombre desgraciado se representa al vivo el triste estado del sordo-mudo en el espíritu. La sordera espiritual es falta de fe y obediencia, cuando el hombre no quiere oír ni entender las verdades de la fe, ni las palabras de Dios, ni los preceptos de la ley, ni las divinas inspiraciones, haciéndose sordo para todo esto. La mudez espiritual es falta de oración y confesión, cuando el hombre no sabe ni quiere abrir su boca para llamar á Dios, ni pedirle misericordia, ó alabarle y darle gracias por los beneficios que le ha hecho, ó confesar sus pecados, para alcanzar perdón de ellos. Pondera cómo la sordera espiritual suele ser causa de que el sordo sea también mudo, y ambas cosas procura el demonio, que por san Lucas<sup>2</sup>,

<sup>1</sup> Matth., vii, 32. — <sup>2</sup> Luc., xi, 14.

se llama demonio mudo, porque, cerrando la entrada de estos sentidos interiores del alma, queda cerrada la puerta al remedio el cual entra por el oído de la fe y de la obediencia, y se alcanza por el hablar, orando á Dios, y confesando los pecados á su ministro el sacerdote. Mirate ahora á ti mismo, y con gran dolor verás que, mientras tienes el oído siempre abierto para las vanidades, alabanzas y malas palabras, y la lengua suelta para ofender á Dios é injuriar al prójimo, eres sordo para lo bueno y mudo para hablar con Dios y confesar tus pecados. Reflexiona que así como este sordo-mudo nunca fuera por remedio á Cristo, si otros no le llevaran y rogaran por él, supliendo con sus lenguas la falta de la lengua del mudo; así hay muchos pecadores sordos y mudos y tan olvidados de su miseria, que nunca se convertirían á Dios si algunos justos no intercediesen por ellos. Lo cual te ha de mover á orar á menudo por la conversión de los pecadores, y procurar del modo que pudieres llevarlos á Cristo y á sus ministros, acordándote de que perdonó los pecados al paralítico<sup>1</sup>, viendo la fe de los que se lo pusieron delante. ¡Oh Dios infinito! Tened misericordia de tantos sordos y mudos como hay en este mundo. Echad, Señor, de sus almas al demonio, que las ensordece y enmudece, para que libremente os oigan, alaben y glorifiquen eternamente. Cerrad mis oídos y atad mi lengua para todo lo malo, para que no os ofenda, y desatadla para lo bueno, á fin de que os sirva con verdad.

**Punto 2.º** *Operaciones de Jesús para curar al sordo-mudo.*—Considera en este punto seis cosas que hizo Jesús para curar á este sordo-mudo, con las cuales se manifiesta la dificultad grande que hay para curar á los sordo-mudos espirituales, no por parte de Dios, que es omnipotente, y con un acto de la voluntad puede obrar en ellos el más completo cambio, sino por la ruin disposición de ellos; por lo cual se ha de tomar su cura muy despacio. Primeramente, tomándole de la mano, le separó de la gente, significando que tales personas, para ser curadas, han de apartarse de las que pueden estorbar su cura, y de los bullicios y tráfago de los negocios temporales, atendiendo á solas á su remedio. Lo segundo, gimió, para denotar la grande miseria de estas almas, y cuán grande pena le dan. ¡Oh cuán grave mal debe de ser aquel que hace gemir al mismo Dios! Gimió también y miró al cielo, para significar que estos males se han de curar con oración ferviente y llorosa, levantando los ojos al cielo, de donde ha de venir el remedio, porque no le hay en la tierra. Lo cuarto, entró los dedos en los oídos del sordo, un dedo en un oído, y otro en el otro, para denotar los dones del Espíritu Santo, figurados por los dedos de Cristo; porque como el dedo procede de la mano, así el Espíritu Santo procede del Verbo divino, que es como

<sup>1</sup> Matth., ix, 2.

mano y brazo del Padre Eterno, por quien obra las cosas. Lo quinto, escupió en la lengua y la tocó, como había escupido en los ojos de un ciego para darle vista, para significar que la Sabiduría celestial, figurada por la saliva de Jesucristo, es la que suelta nuestra lengua, para que sepa hablar con Dios, consigo y con sus prójimos; ella enseña la oración, las alabanzas de Dios y la confesión de los pecados, y la debida reprehensión de los ajenos para curarlos. Lo sexto, con gran imperio dijo: *Efeta*, ábrete, para significar la virtud de su palabra omnipotente; porque, dado que los hombres no hablen con los sordos, porque sería inútil<sup>1</sup>, Dios puede hablar con ellos, porque su palabra es viva, eficaz y penetrativa<sup>2</sup>, y poderosa para abrir el oído, y entrar dentro del alma, y hacer en ella lo que quiere, trocándola para que consienta con lo que manda. ¡Oh Dios omnipotente! Abrid mi oído, que yo no os contradiré<sup>3</sup>, porque aparejado estoy para creer lo que me enseñareis, y para obedecer á cuanto me mandareis. ¡Oh alma fiel! Mira el modo cómo has de ayudar á la conversión de los pecadores. ¿Practicas estos medios? ¿Te haces tú sordo á las enseñanzas del Señor?

**Punto 3.º** *Alabanzas de las gentes que vieron el milagro.*—Considera aquí la omnipotencia de Jesucristo en hacer lo que quiere, porque al instante que dijo la palabra *Efeta*, se abrieron los oídos del sordo y la lengua se soltó, y hablaba bien y rectamente. ¡Oh con qué facilidad quita el Señor los impedimentos que se oponen á la consecución de su deseo! ¡Cuán sin trabajo ni esfuerzo abre el oído á los sordos, y suelta la lengua de los mudos, para que aquéllos oigan con docilidad, y éstos hablen con rectitud. Pondera luego cómo, aunque Jesús mandó á las gentes que presenciaron el milagro que no dijese nada, aquella multitud devota y agradecida comenzó á clamar con gran fervor: *Bene omnia fecit*, bien ha hecho todas las cosas. Que fué decir: Bien ha hecho todas las cosas, así las que crió, como Dios, desde el principio del mundo<sup>4</sup> con su omnipotencia, como las que ordenó con su providencia. Bien ha hecho todas las obras de la Redención, los milagros, los sermones, los Sacramentos, las humillaciones y todos los ejercicios virtuosos. ¡Oh qué alabanza tan perfecta es la que tributa el Padre eterno á su santísimo Hijo por boca de estas gentes sencillas! Pondera, finalmente, cómo esta gente, glorificando á Cristo nuestro Señor, aunque no sanó más que á un mudo y sordo, dicen que hizo oír á los sordos y hablar á los mudos, confesando que quien hizo este bien á uno, le podía hacer á muchos, y estaba aparejado para hacerlo con todos los que están sordos y mudos en el alma, si quieren aprovecharse de su misericordia, porque este es su oficio, y á esto vino al mundo. ¡Oh buen Jesús! Haced este oficio con todos los infieles,

<sup>1</sup> Eccli., xxxii, 6. — <sup>2</sup> H:br., iv, 12. — <sup>3</sup> Isai., L, 5. — <sup>4</sup> Gene., i, 31.

para que os crean, y con todos los pecadores, para que os obedezcan, y con todos los tibios, para que os sirvan con fervor, de modo que todos os glorifiquen y alaben por todos los siglos. ¿Imitamos á Jesús, buscando el secreto en nuestras buenas obras? ¿Decimos y creemos, como las gentes, que Jesús hizo bien todas las cosas? ¿Por qué, pues, no le imitamos?

**Epílogo y coloquios.** ¡Cuán triste y lamentable es el estado del sordo y mudo en el espíritu! Nada oye de lo que podía aprovecharle, y tiene siempre el oído atento á lo que puede dañarle. Su lengua es como una chispa de fuego, que enciende la guerra entre los prójimos y el afecto desordenado en el corazón; pero está inmóvil para hablar con Dios, confesar los pecados y hacer oración. Un alma tal tiene cerradas todas las puertas por donde podría recibir la luz, y es necesario un gran milagro de la omnipotencia divina para sacarla del atolladero en que se halla. Lo que Jesucristo hizo para curar al sordo-mudo del Evangelio, indica, al par que la dificultad de la curación, los medios por donde puede obtenerse. Le saca de en medio de la muchedumbre, gime dolorosamente, le entra los dedos en los oídos, toca con la mano su lengua, y con gran imperio dice: *Efeta*, ábrete; y al instante los oídos del sordo se abren y su lengua se suelta; y con un nuevo milagro, quizá más estupendo, comienza á hablar rectamente, como todos los demás, un hombre que jamás había articulado una palabra, ni oído una sola expresión. ¿Quién se atreverá á desconfiar del Salvador al contemplar estas maravillas de su omnipotencia? ¿Quién desesperará de la conversión de un pecador, por sordo y mudo que esté en el espíritu, al ver la facilidad y presteza con que los cura el Médico celestial? Ya nadie debe admirarse que las turbas entusiasmadas alaben y engrandezcan á Jesucristo con palabras de tanto encajecimiento; que en alta voz proclamen la perfección de todas sus obras. ¿Qué piensas tú de esto? ¿Crees que todo lo que dispone Jesús está bien hecho? ¿Por qué no tienes más conformidad? ¿Por qué te quejas de tus padecimientos? ¡Oh alma! Entra en ti misma, y conociendo tu miserable sordera y mudez, propón remediar tal estado, practicando cuanto sea necesario para ello; y sabiendo tu propia impotencia, pide, ruega, importuna á Dios, y no desistas hasta conseguir lo que pretendas para ti y para los demás.

## 104. — CURACIÓN DEL ENDEMONIADO LUNÁTICO.

PRELUDIO 1.º Fué presentado á Jesús un endemoniado lunático, al que no habían podido librar sus discípulos; y Él, increpando al demonio, le obligó á salir.

PRELUDIO 2.º Representate á Cristo increpando al demonio que se había apoderado de este pobre hombre.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que te libre del poder del demonio.

**Punto 1.º Poder y rabia del demonio contra sus esclavos.**  
— Considera cómo se presentó á Jesús un hombre del pueblo, y le dijo: « Señor, tened misericordia de un hijo único que tengo, lunático y con espíritu mudo, que le arrebató y da con él en tierra, y le hace echar espuma por la boca y dar diente con diente, y le pasma y le deja casi despedazado, y unas veces cae en el fuego, otras en el agua; y rogué á vuestros discípulos que le sanasen, y no han podido ». En esta tan triste relación, puedes ver la fiereza y crueldad que tiene el demonio contra el hombre para dañarle en todo lo que toca á su cuerpo, si Dios no lo detiene; y así trataría á todos, como á este pobre mozo, á quien hizo mudo, sordo y lunático, con tormentos muy terribles y continuos desde su mocedad, pretendiendo, ya abrasarle en el fuego, ya ahogarlo en los ríos y pozos, y esto con tanta pertinacia, que no quiso obedecer á los Apóstoles de Cristo, como quien triunfaba de ellos. Pondera cómo este cruel enemigo muestra todavía mayor furia con el ánimo del pecador que se le rinde, al cual hace sordo y mudo para las cosas santas: lunático, esto es, sujeto al mundo, variable, mudable é inconstante para lo bueno: da con él en tierra, pegándole con las aficiones á las cosas terrenas: hácele echar por la boca espumarajos de palabras feas y asquerosas, y dar diente con diente por la furia de la ira y cólera: hácele estólido y como insensible para las cosas de Dios: unas veces le arroja en el fuego de las codicias carnales, para que se abra en ellas, otras en las corrientes de las aguas de los negocios mundanos para que se ahogue en ellos; y así le trae de un pecado á otro, despedazándole y haciéndole resistir á los predicadores y confesores, sin que haya quien le pueda subyugar. Y si esto hace en este mundo, en donde está como perro atado, discurre qué hará en el infierno contra los pecadores que le están ya del todo rendidos. ¡Qué sordera, qué mudez, qué crujir de dientes, qué desesperación! Pues, ¿cómo no aborrecemos al que en esta vida y en la otra es verdugo tan cruel del que le obedece? ¿Cómo hemos de resistirle? ¿En qué cosas nos persigue? ¡Oh Dios eterno! Abrid los ojos de todos los hombres para que los que han caído en la horrible miseria de ponerse bajo la esclavitud del demonio,

<sup>1</sup> Matth., xvii, 14; Marc., ix, 17; Luc., ix, 39. — <sup>2</sup> Job, xxiv, 19.